

**EL MIEDO**

**Manuel Moreno Barranco**

**Madrid, Junio 1958**

## EL MIEDO

### Manuel Moreno Barranco

El toro se volvió bruscamente, embistiendo al rejoneador. Este guió al caballo, que se ladeó huyendo por escasísimo espacio de los cuernos que le amenazaban. Manuel Méndez dejó asomar sus dientes en la cara morena. Apretó el rejón en la mano y doblando de nuevo el caballo a la izquierda, se alejó del toro, que quedó resollando en el centro de la plaza.

Seguía tranquilo, aunque aquel bicho se le estaba poniendo difícil. Llevaba diez minutos con él y eso era demasiado tiempo. Y había que acabar a rejón, lo que nunca hiciera. El caballo hizo unas corvetas y luego, llevado por el jinete, se acercó al costado del toro, trotando a su alrededor.

De improviso se le acercó más, mientras el astado se arrancaba. ¡Hira! —gritó Méndez, mientras extendía el brazo hacia el morrillo sangrante. Y el rejón como un relámpago, fue a clavarse junto al otro ya colocado. El animal acusó el golpe, deteniéndose un segundo, vacilante de sorpresa. Luego, con furia rectilínea, barrió con fuerza la flotante cola del caballo. La plaza, casi llena, seguía en silencio, tras un débil aplauso iniciado por alguien. Méndez miró hacia arriba. La gente se abanicaba, las masas de color permanecían inmóviles, como cuando el espada hacía toreo de salón.

Mientras corveteaba alrededor del impasible toro, lo miró sombrío, mordiéndose los labios. Sólo sentía calor en el público cuando iniciaba sus clásicas faenas rapidísimas. Tres rejones, y enseguida echar pie a tierra espada en mano hasta acabar con el toro. Pero ahora no tenía por qué hacerlo. Le había prometido a Teresa que en esta ocasión sólo manejaría el rejón, porque era la última que saldría a una plaza de verdad. No era cosa de exponerse y el público, claro, lo notaba.

Se paró un momento junto a Valentín. Este le tendió otro rejón flamante y él fue rodeando rápido el ruedo dando un trote sereno al caballo y sin perder de vista al enemigo, que se quedó inmóvil en el centro del redondel, como si lo hubieran plantado. Luego, buscó, se le acercó haciéndole frente y ladeando el caballo para presentarlo de costado. Pero el toro, aun amagando el arranque, se quedó quieto. La plaza entera, que esperaba, como el caballista, la embestida, empezó a pitar. Méndez apretó los dientes con fuerza. Acercándose de nuevo, hizo caracolear el caballo alrededor, provocándole. Pero el animal movió despectivo la cabeza, sin darse por enterado. El aire se llenó de silbidos ensordecedores. Palmas de tango empezaron a sonar.

Méndez, encorajado, se movió nervioso sobre la silla. Desde luego, había sido una tontería prometerle aquello a Teresa. Se iban a casar dentro de diez días y no era cosa de exponerse, pero tampoco de quedar como un marrajo en su última corrida. El siempre echaba pie a tierra y como un matador, hacía su faena de muleta y mataba a continuación. Y claro, la gente se había acostumbrado y lo pedía a gritos. Y los espadas también tenían ganas de acabar pronto. No había más que verlos con la cara fosca, aguardando el turno. Había que tomarse la cruz y dejarse de blandengueos. Además, el caballo, aunque muy enseñando, se ponía inquieto, notándose extraño en el ambiente

hostil que le rodeaba, que no era el acostumbrado. Siempre el jaleo los aplausos, el trote final triunfador con el sombrero en la mano, ponía una nota de cálida alegría en la marcha de la plaza. Ahora todo iba deslavazado e hiriente. Como un sonsonete, le rodaba aquello en la cabeza. Se lo había prometido a Teresa. De verdad.

De nuevo, procurando no hacer caso de pitidos, se acercó al toro caracoleando a su alrededor, aunque tenía escaso sitio porque el tunante se había arrimado a la barrera. ¿Qué le pasaba a aquel marrajo? ¿Es que se había propuesto amargarle la tarde? ¿Quién lo diría! Tan negro, tan lustroso, tan alegre como salió, embistiendo derecho. Enseguida había quitado a todo el mundo de en medio y más de uno se habría restregado las manos, esperando verle hacer un faenón. ¡Apañado estaba! Pero las cosas no se habían puesto muy bien que digamos. Habría que echar toda la carne en el asador, no había otro remedio. Pero lo había prometido y la verdad, era muy duro arriesgarse con aquel bicho que era capaz de pegarle una voltereta de las que no se vuelve. Ella le había dicho, acercándosele y abrazándole al despedirse: Tú, déjalo. Te tiene que salir bien sin bajarte. y si no te sale bien, tú no te puedes perder en esta última tarde. Que no vamos a casar muy pronto.

Pero el público ya no era el del principio. Ya no estaba frío. Ya no pitaba sólo, rugía, se encrespaba. ¡Ese toro es malo, pero él no hace nada! ¿Por qué no se baja como siempre? ¡Tiene miedo! ¡Cobarde! La plaza entera empezaba a hervir de denuestos cada vez más fuertes. Él pasó de nuevo ante las narices del toro, casi rozándole los belfos y el animal tuvo una sacudida, se echó hacia adelante y en la brusca embestida estuvo en un tris que no corneara el trasero del caballo. La gente se calló un momento para volver enseguida con más fuerza al griterío.

—No, Teresa, tú no sabes lo que es esto, tú no sabes lo que es pedir esto. Uno no quiere, pero el público es un horno que calienta un hielo y lo hace arder. Ahora, con este bicho que se queda plantado a mitad del camino, hay que arrimarse de veras, y a cuerpo. Lo demás son gollerías. ¡Hira! Otra vez que pasó por su lado y el indino no hace más que mover la cabeza. ¡Que no estamos en el circo, hombre, que tienes que moverte para que yo pueda hincarte esta en el morrillo! ¡Y la plaza hierve! ¡Y ya me gritan de hijo de madre para arriba! Y dentro de nada me tiran botellas, digo. Hoy me matan o salgo entre civiles. ¡Que no puede ser! Si este toro es para pie, hombre. ¡Que no puede ser!

Manuel se acercó al portón, descabalgando. La gente se calló, esperando a ver qué pasaba. Valentín, en silencio, con los ojos muy serios le dio la espada y la muleta. El tiró el sombrero al suelo. Muy despacio se fue hacia el toro, desplegando el trapo.

—¡Eso es, eso es! —rugía el público. Las graderías, en la tarde roja, hervían de gritos, animando al caballista en tierra. Este se detuvo y miró hacia arriba. Un silencio se le hizo de repente. Luego, una débil cortina de aplausos le contestó.

El se volvió, siguiendo hacia el toro, que se obstinaba pegado a la barrera. Iba muy despacio. Tardaba mucho en llegar. Teresa ¿dónde estaría? Donde siempre, rezando en la capilla. No era cosa de creer que esta vez se hubiera descuidado, siendo la última. Desde niño se habían querido. ¡Pero qué lejos estaba todavía el toro! ¡Le daba tiempo a pensar tantas cosas! ¡Cuán poco valía la vida delante de él! Se flameaba igual que un trapo rojo y lo mismo que un trapo rojo había que quitarla delante de los cuernos. Era muy sencillo. ¡Pero qué guapa fue siempre Teresa! Desde niña lo había

flechado, cuando se conocieron en la boda de unos parientes. Ahora que en cuanto empezó a quemarle a él aquello de los toros, se tuvo que ir lejos, a recorrer tierras y plazas, a sentir los aplausos y a desgarrarse las carnes en las dos cogidas que tuvo, una en Talavera y otra en Zaragoza. Había triunfado en sus tres primera corridas y desde entonces, hacía de esto seis años, se habían hecho novios. Novios formales, como a ella le gustaban las coas. Tenía unos ojos verdes, precioso, y un cutis más suave que nada. Eso es, que nada. No había con que compararlo. Y sería una lastima que...

Se detuvo a cinco pasos del toro, que permanecía con la cabeza baja. Sabía lo que tenía que hacer. Metió la espada dentro de la muleta y avanzó unos pasos, desplegándola en la derecha. El astifino levantó la cabeza, y bajándola de repente, embistió recto hacia el trapo grana. Méndez le dio tres pases más, unos naturales lentos y templados que arrancaron una ovación al público.

—Eso es ¿Te fijas, Teresa? Este toro había que torearlo. Es un animal precioso que se arranca como nadie. Ahora le doy un cambio y el público se vuelve loco. ¡Pero qué sencillo es! Cuando se hace tranquilo da tiempo hasta de tornarse un vermú. Y ahora le voy a hacer la gran faena. Mi última faena. Sí, torito, mírame por derecho para que todo salga bien. Estos pantalones tan anchos estorban, pero no importa. Ahora te voy a largar un muletazo por el costado, pero tengo cuidado con los rejoncillos que pueden darme. Eso es, has pasado de maravilla. ¡Pero si torear es la mar de fácil! Sí, señor, se hace como durmiendo y cuando se tropieza uno con un ángel como éste, da gusto, sí señor, es como comer sentado. ¡Qué maravilla de bicho! Pero no, hombre, no te pongas ya cansado. Sí, te dejo descansar un momento, para que entres después con toda la fuerza que te queda. Ahora me paro, miro hacia arriba y el público revienta, ¡sí, señor! Pero ¡qué de palmas! eso es lo que vale, ¡viva mi menda!... Pero este toro se ha enfriado ¿qué te pasa, malnacido, es que quieres un sofá para morirte? ¡Si todavía tienes mucha fuerza! Todo consiste en arrimarse un poquito más. Eso es. Pero arráncate, mal bicho. No, no te vas para la barrera, porque no te dejo. Sí, has puesto cara de mal farío, pero a mí eso me deja tan fresco. Pero ¡qué te has creído? ¿Qué te voy a dejar que hagas ahora el mansurrón? No, hijo mío, yo tengo que darte todavía unos cuantos pases aunque te tenga que tirar de los cueros y meterte los hocicos en la muleta. A mí no me la juegas, compadre. Tienes las puntas afiladas y los ojos se te han puesto de una mala sangre que te revientan dentro, pero es tu destino, condenado. ¡Ea! como no quieres, voy a hacerte la voluntad. Estas rascando la tierra, el público se me echa encima y eso no te lo consiento. te voy a enganchar como sea. El faenón ya no va a ser tan grande como antes, pero de estas... ¡Qué toro más resabiado! ¡Por Cristo! Ya me preparo. Me junto de pies, saco la espada y me paro un momento. Tienes la cabeza gacha, pero... ¡qué sudor siento! Teresa, tengo algo negro que me ha bajado de los ojos hasta el medio del pecho... No, es algo rojo, toda la sangre, no puedo pensarlo siquiera, se me ha juntado entera en el corazón... Y he levantado el brazo y él brazo me ha empezado a temblar... Y ya no miro al morrillo del toro, sino a sus ojos asesinos. Y ya sé que no nos casaremos nunca, Teresa. Porque antes de matarme este toro, me ha matado el miedo a morir... Y ahora el horroroso miedo me lanza hacia delante y lo clavo hasta la cruz y el toro ¡Ajjjjj...!

Madrid, Junio 1958

<http://manuelmoreno.info/>